

## Bibliotecas universitarias, de almacenes a buscadores en metaverso

José Navarro Pedreño | Dpto. de Agroquímica y Medio Ambiente, Universidad Miguel Hernández de Elche

URL de la contribución <[www.iaph.es/revistaph/index.php/revistaph/article/view/5142](http://www.iaph.es/revistaph/index.php/revistaph/article/view/5142)>

Las bibliotecas universitarias han acompañado a las universidades desde su creación, aglutinando los textos que guardaban el saber, transmitido, copiado y repetido de docentes a estudiantes, de maestros a pupilos. Las bibliotecas surgían para cubrir las necesidades de los estudiantes del Medievo (Udías 2017). El éxito de las universidades se debía al deseo de sus estudiantes de alcanzar una formación práctica que les permitiera ganarse la vida, y eso se reflejó en el contenido de la biblioteca universitaria, cuyos libros se consideraban instrumentos de trabajo para la transmisión de conocimientos (González Guitián y Molina Piñeiro 2008). Posteriormente, manteniendo este rol tradicional, se han entendido como el corazón de la universidad, ocupando un lugar central y básico, un recurso que es, ocupa y sirve a todas las funciones de una universidad: enseñanza e investigación, creación de nuevo conocimiento y la trasmisión a la posteridad de la ciencia y la cultura del presente (Thompson, Torra Ferrer y Carr 1990). La biblioteca hace a la universidad conservadora, transmisora y creadora de saber (Gómez-Hernández 1996). En muchas ocasiones, las bibliotecas se convierten en lugares de prestigio asociados a los libros, tanto en número como en antigüedad, que contienen. Incluso, se convierten en edificios que son un icono de las propias universidades, como los ejemplos de la biblioteca IKMZ de la Universidad Tecnológica de Brandeburgo (Alemania), la biblioteca de la Universidad de Coimbra (Portugal) o la de Cayenne en la Guayana Francesa, entre muchas muy significativas, actuales o antiguas.

La evolución de las bibliotecas universitarias ha sido mucho más relevante en los últimos cuarenta años que en siglos anteriores, de la mano de las nuevas tecnologías. En casi todas ellas, la función de almacena-

miento de saber, de textos físicos como los libros y las revistas, pasa a un segundo plano, casi a la par que la disposición de textos en estanterías para cubrir las necesidades del estudiantado, transformándose en auténticos centros de gestión del conocimiento donde las tecnologías de la información se sitúan como pilar fundamental de las bibliotecas. Superado el proceso de coordinación que supuso el sistema de préstamos interuniversitarios, asistimos a la interconexión actual de bases de datos, de textos educativos y de investigación en formato digital, de manera que el formato papel se convierte en elemento secundario. Se priorizan los archivos digitales frente a las largas filas de estanterías con libros de texto para consulta y el acceso a través de la intranet y de internet se vuelve clave para conseguir el conocimiento. Como indica Arriola Navarrete (2009): “resulta inconcebible una institución de educación superior sin una excelente biblioteca o red de unidades en sus campos, pues el mundo de la información que va a la par de los avances tecnológicos, ha experimentado tal cambio cuantitativo y cualitativo, que ha roto con todos estos esquemas”. Transcurridos algo más de diez años desde esta afirmación, los avances y cambios en las bibliotecas universitarias siguen rompiendo todos los esquemas del siglo XX. Tal es así que actualmente entre las funciones de la biblioteca continúan existiendo los espacios para reunión, organización, representación, diseminación y uso de los documentos pero, sin embargo, ya no se limita solamente a los documentos tradicionales (libros, revistas, periódicos, etc.), sino que comparten el espacio con documentos en otros tipos de soporte que van adquiriendo cada vez mayor fuerza, como los documentos electrónicos (Figueredo Figueredo, Figueredo Matos y Aponte Cabrera 2013).



La Biblioteca del Congreso de EE.UU. en Second Life | imágenes John Lester

La calidad de una biblioteca actual ya no se mide en función del número de volúmenes que atesora, si tiene 250.000 o 500.000 documentos. Esos tiempos han quedado postergados, pasando a ser los servicios ofertados y la accesibilidad a la información la clave de la calidad de las bibliotecas. Es más, el edificio deja de ser un elemento fundamental para el usuario ya que se ofertan los servicios a través de las redes de información, tanto intranet universitaria como internet. De hecho, la propia gestión de los espacios de las bibliotecas universitarias ha cambiado radicalmente, desapareciendo de la vista y, por tanto, del alcance de la mano, los libros de texto y las revistas, siendo sustituidos por terminales informáticas de consulta como paso previo para acceder a la documentación. También estas bibliotecas han dejado atrás a los muebles de cajones

conteniendo millares de fichas ordenadas con las referencias de los textos. En alguna medida, las bibliotecas universitarias pierden cierta función de socialización, reduciendo el contacto personal con los usuarios y la memoria y conservación de documentos si estos ya son accesibles por medios digitales.

Estamos inmersos en una nueva revolución en la que el conocimiento compartido en red favorece de manera exponencial el acceso a datos, que favorece fundamentalmente a los investigadores de todos los campos científicos, técnicos, sociales y las humanidades, con su particular revolución de las imágenes y el alcance de las mismas para amplios sectores sin desplazamiento al lugar de almacenamiento de documentos. Existen mayores facilidades para el acceso a la información, estimulándose también la creación y producción de información en numerosos formatos, en todos los sectores y ámbitos de la sociedad, así como el surgimiento de nuevos modelos de comunicación, tanto para uso personal como científico, basados en el uso intensivo y global de las redes sociales (Marrero Sena 2017). De esta manera somos conscientes en la actualidad de que a medida que los estudiantes abandonan las colecciones de libros impresos a favor del material de referencia en línea, las bibliotecas universitarias están retirando millones de volúmenes no leídos en una purga nacional (Rubikam 2018). En su audaz artículo, Rubikam (2018) afirma que algunos libros están siendo transportados a lugares de almacenamiento permanente; otros están siendo vendidos en bloque a vendedores de libros usados; y otros están siendo arrojados a contenedores de basura. Tomando como ejemplo la biblioteca de la Universidad de Indiana de Pensilvania, los gestores universitarios decidieron purgar 170.000 volúmenes que llevaban más de 20 años sin ser solicitados. Transformaron las zonas de las estanterías, dejando paso a las salas de estudio en grupo, de manera que el sentimiento existente en la biblioteca universitaria es el de servir de sala de estar del campus. Es significativo este ejemplo como cambio en el servicio y en la orientación del espacio bibliotecario, que se da sin lugar a dudas en otras muchas bibliotecas, perdiendo otras funciones.

A pesar de la irrupción de las nuevas tecnologías, el rol medieval de atesoramiento de conocimientos para que los estudiantes complementen su formación y profundicen en los campos del saber permanece. Eso sí, facilitando los textos en formato digital para su consulta. Con ello, aligeramos el peso de nuestras estanterías y el sistema de préstamos. Tal es así que se aboga por la eficacia de este proceso mediante la presencia de la biblioteca en el propio campus virtual (Arroyo-Vázquez y Gómez-Hernández 2020), donde se imparte la docencia. De esta manera, el usuario puede llegar a perder toda interacción social, persona a persona, y acceder a la información. En este sentido, se pierden funciones que también tienen carácter formativo y que generan aptitudes transversales que no puede aportar una pantalla y un teclado, al fin y al cabo, somos humanos e interactuamos con nuestro entorno físico real. Posiblemente, el siguiente paso sea las grandes bibliotecas universitarias en el metaverso, una especie de realidad alternativa con un nuevo patrimonio solamente digital, en la que interactuaremos mediante dispositivos de realidad virtual y realidad aumentada. Quizás una forma aparentemente más “física y real” que la proporcionada por un terminal sencillos de consulta.

Una reflexión final que me viene a mi memoria, quizás porque en estos años he asistido a la primera y la que considero segunda revolución de las bibliotecas universitarias. El hecho de pasear por aquellos interminables pasillos llenos de volúmenes situados en estantes que están llamando a una mano para que los coja, indagar y curiosear textos con los que en principio no contabas, ha dejado de ser una labor en la actualidad. Sin embargo, produce mucha más satisfacción que la búsqueda desde un terminal en la que la frialdad del texto de la computadora no puede sustituir jamás al tacto, el diseño de las cubiertas y el paso de las páginas que trasmite un libro en las manos, curiosear y buscar, aunque sea para aprender o investigar. Es posible que tal y como avanzan las tecnologías, nuestro avatar acabe recorriendo los pasillos de una biblioteca virtual buscando libros (tal vez incunables virtuales), como antaño hacíamos en el mundo real.

## BIBLIOGRAFÍA

- Arriola Navarrete, O. (2009) Una caracterización de la biblioteca universitaria actual. *Revista Códice*, vol. 5, n.º 2, pp. 113-131
- Arroyo-Vázquez, N. y Gómez-Hernández, J.A. (2020) La biblioteca integrada en la enseñanza universitaria online: situación en España. *Profesional de la información*, vol. 29, n.º 4, e290404. Disponible en: <https://doi.org/10.3145/epi.2020.jul.04> [Consulta: 03/05/2022]
- Figueredo Figueredo, A.L., Figueredo Matos, M.C. y Aponte Cabrera, C. (2013) La biblioteca universitaria y el desarrollo de la educación superior. *Biblios, Revista de Bibliotecología y Ciencias de la Información*, n.º 50. Disponible en: <https://biblios.pitt.edu/ojs/index.php/biblios/article/view/77/152> [Consulta: 03/05/2022]
- Gómez-Hernández, J.A. (1996) La biblioteca universitaria. En: Orera Orera, L. (coord.) *Manual de biblioteconomía*. Madrid: Síntesis, pp. 363-378
- González Guitián, M.V. y Molina Piñeiro M. (2008) Las bibliotecas universitarias: breve aproximación a sus nuevos escenarios y retos. *Acimed*, vol. 18, n.º 2. Disponible en: [http://scielo.sld.cu/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S1024-94352008000800002](http://scielo.sld.cu/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1024-94352008000800002) [Consulta: 03/05/2022]
- Marrero Sena, E. (2017) La biblioteca universitaria del siglo XXI y los nuevos escenarios del aprendizaje. *AULA, Revista de Humanidades y Ciencias Sociales*, vol. 61. Disponible en: <https://revistas.unphu.edu.do/index.php/aula/article/view/80> [Consulta: 03/05/2022]
- Rubikam, M. (2018) A library without books? Universities purging dusty volumes. *AP NEWS*, 7 de febrero de 2018. Disponible en: <https://apnews.com/article/north-america-us-news-libraries-entertainment-pa-state-wire-3d3473e13d8441dd8b5893211c8b5398> [Consulta: 03/05/2022]
- Thompson, J., Torra Ferrer, D. y Carr, R. (1990) *La biblioteca universitaria. Introducción a su gestión*. Madrid: Pirámide
- Torres Santo Domingo, M. (2005) La función social de las bibliotecas universitarias. *Boletín de la Sociedad Andaluza de Bibliotecarios*, n.º 80, pp. 43-70
- Udías Iglesias, J.C. (2017) *Servicios para universitarios en una biblioteca pública*. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Cantabria. Disponible en: <https://repositorio.unican.es/xmlui/bitstream/handle/10902/14893/UdiasIglesiasJuanCarlos.pdf?sequence=1> [Consulta: 03/05/2022]